

Moreno-Durán, Rafael Humberto. *Como el balcón peregrino. La augusta sílaba*. Bogotá: Aguilar, 1995. 348 págs.

Como estamos casi a fin de siglo, y en un momento en que los grandes protagonistas de la literatura hispanoamericana aceleran la publicación de sus memorias en variados géneros, vale ser apocalíptico y decir que el libro de Moreno-Durán es simplemente brillante, serio e intelectualmente ameno. Repleto de todo lo que usted quería saber sobre nuestros escritores hispano-americanos (incluye una muestra de escritores españoles), es un diario asincrónico, divertidamente barroco y de alto vuelo, a la manera de las novelas de su autor. Sin exceptuar la información proveída por las recientes memorias de Cardoza y Aragón, Vargas Llosa, Arenas, Monterroso, Bioy Casares, Bryce Echenique, Ribeyro, lo que va de las de Paz, y las parciales que Arreola le acaba de contar a Fernando del Paso, no es arriesgado decir que con las de *Como el balcón peregrino*, y las anteriores de la edición aumentada de la *Historia personal del Boom* de Donoso y *Los de entonces* de María Pilar Donoso, se arma un perfecto tríptico memorialista, personalísimo, de nuestra cultura literaria de los últimos treinta años.

Sin embargo, hay una gran diferencia entre el libro de Moreno-Durán y los de sus antecesores inmediatos. Es claro que él y todos ellos comparten admiración y respeto por los autores sobre quienes escriben, y que incluso aceptan las idiosincrasias de aquéllos y las propias. Pero el novelista, ensayista y columnista colombiano lo hace con una distancia generacional que revela intereses más complejos. No se crea que me refiero a cierta penetración psicológica o a una indagación estrictamente especulativa de parte del autor. Como decía Alfonso Reyes, la falacia del empeñado psicologismo de las biografías modernas es que, por ser sencillas y cotidianas, quieren mostrar a su objeto en mangas de camisa o "en pantuflas". Todo lo contrario (y a pesar de que una de las numerosas ilustraciones que acompañan a cada página muestra a García Márquez en calzoncillos largos, en Estocolmo), Moreno-Durán escribe desde un margen. Este, precisamente por ubicarlo en una periferia amistosa, le permite acceso a varios tipos de testimonios y anécdotas no menos reveladores. Otra diferencia entre su libro y algunos de intención similar es entonces también genérica, debido a que algunas de las treinta y tres semblanzas de este tomo fueron publicadas (las menos) en revistas especializadas o académicas, en suplementos de periódicos, en homenajes y estudios afines, o como autocrítica (la "augusta sílaba").

Las semblanzas (que a veces se basan en entrevistas previas para la prensa y la televisión) son parte de la segunda y última parte de su libro, y las reúne bajo el subtítulo de "Voces". Esta sección es un "quién es quién" de los últimos cincuenta años de la literatura hispano-americana.

Como tal cruza generaciones, ideologías políticas y estéticas, como también géneros literarios y campos de batalla actuales. Por ejemplo, la única autora cuya obra comenta es Marta Traba, aunque Virginia Woolf, Nathalie Sarraute, Nérida Piñón, Marta Lynch y otras son parte de sus discusiones. Al respecto, no hay nada qué recriminarle, y Moreno-Durán sería el primero en elogiar una colección similar dedicada enteramente a las escritoras hispanoamericanas. Su elección tiene como elemento implícito la libertad de escribir *desde* nuestro continente, sin que alguna colosa del norte nos diga con quién hablar o a quién estudiar. Ahora, la maravilla en lo que nos presenta Moreno-Durán radica no sólo en su poder de concisión crítica y biográfica (está al día respecto a las publicaciones de cada autor examinado y de su contextualización) sino también en su capacidad para retomar la riqueza interpretativa de textos anteriores suyos como *De la barbarie a la imaginación* y *Taberna in fabula*, y para abrir nuevos caminos concisos hacia el conocimiento de nuestros clásicos contemporáneos.

Hago hincapié en el posesivo porque los críticos obsesivos saldrán defraudados si buscan un canon aglutinante como resultado de los autores que el autor incluye en su *sui generis* aunque generalmente exacta "Generación del Milenio". Aquí están todos los que son y muchos otros que deberían estar. Por la misma razón, Moreno-Durán se desatiende de exigencias y jerigonzas universitarias y se dedica, valga el vocablo, a los escritores de buena literatura, término que no hay por qué entrecomillar. Y como para contextualizar su selección nos convida a entender y apreciar la obra del filósofo y novelista Fernando Savater ("Un ácrata en el país de Nunca Jamás"), las del gran crítico cultural e historiador colombiano Germán Arciniegas, y la ubicuidad intelectual de Octavio Paz. No obstante, en cada una de estas semblanzas el gesto humanizante añade brillo a crítico y criticado, entrevistador y entrevistado. De particular interés son la similitud que establece entre la progresión de la poesía y la ideología de Adoum, Benedetti y Cardenal ; y, en un acto autorreferencial, la manera en que espiga "La memoria reiterada" del gran memorialista que fue Carlos Barral (al respecto, no es necesario repetir la conexión hispanoamericana).

Me encuentro así en la peligrosa posición de desmerecer al libro por seleccionar semblanzas. Pero hacerlo se debe no tanto a las limitaciones del género en que publico este comentario sino a la simple realidad de que cada uno de esos bocetos es riquísimo en datos, posibilidades interpretativas, conexiones biográficas y autobiográficas y, sin ayuda de algún formalista ruso, en el valor dialógico. Escogiendo entre estos retratos son memorables (por algo más que su inmediatez) los dedicados a Onetti y Sarduy, el precioso juego de evasiones que entabla con Tito Monterroso, el tipo de carta de ciudadanía intelectual compartida con

sus compatriotas colombianos. En todos éstos, hay simpatías y diferencias, sin caer, según el autor, en el género de la infidencia. Pero si se quiere ver la condición postmoderna de la autobiografía, sin solipsismo impertinente, no hay semblanza más conmovedora que la dedicada a Vargas Llosa. En ésta, Moreno-Durán habla tanto del peruano como de sí mismo, nos revela su condición de "sudaca" en la agobiante y decisiva (para el escritor hispanoamericano) Barcelona de los años sesenta, los comienzos de los casi tres lustros de su actividad profesional en España, y del fin de una etapa de su ocupada vida intercontinental.

Los cuadros anteriores cubren toda la segunda parte de *Como el balcón peregrino*, y están enmarcados en su comienzo por el prefacio "Falcoaria", la primera parte titulada "Auditorios", y al fin por un cortazariano y carpenteriano "Epílogo con un fondo de agua". En "Falcoaria", nos da la razón de ser de su libro y nos dice cómo guiarnos por las trampas de su memoria: "Para un escritor, su memoria es la múltiple voz de quienes lo han precedido en la escritura". Consecuentemente, advierte que incluye a sólo dos autores de su generación. Así, partiendo de su experiencia europea, recordará, revivirá y, sobre todo, cazará "al vuelo". Es decir, admitiendo su subjetividad y haciendo lujo de su ingenio verbal en una época en que se toma tan en serio la construcción de este tipo de obra siempre abierta. Esta estrategia rige a los "Auditorios", la sección más extensa que sirve de prefacio contextual a las "Voces". Para Moreno-Durán los auditorios son más que una concurrencia de oyentes, al igual que la noción de una "augusta sílaba" es más que una articulación verbal que merece respeto. Los auditorios, arguye siempre el autor, son lugares de encuentro con las minucias personales e intelectuales que producen un ámbito literario. Específicamente, el itinerario de sus "Auditorios" es el de los congresos, reuniones especializadas o generales, conferencias e invitaciones afines en Canarias, París, Venecia, en una memorable—debido a los desencuentros conceptuales entre la autopercepción de varios narradores hispanoamericanos y algunos de sus intérpretes—"Travesía alemana"; y en una "Escala atlántica" en las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, con que se cierra la primera parte.

Todo el contenido anterior es el principio de una crónica que promete ser mayor (*La augusta sílaba*), para la cual *Como el balcón peregrino* es un trampolín. En suma, no se crea que, por no querer caer en infidencias, Moreno-Durán se distancia sigilosamente de la evaluación intelectual perspicaz. Lo que pasa es que con justa razón reserva sus salvedades para la crítica especializada (por lo general de universidades estadounidenses), aquella que siempre contribuye con densas aportaciones "al repertorio de lo ininteligible". Así, sus elogios son para Rafael Gutiérrez Girardot, Saúl Yurkievich y otros críticos hispanoamericanos que no adormecen a los feligreses. Son ellos los

salvados que reaparecen cuando Moreno-Durán se ocupa del objeto del trabajo de ellos: las obras de los protagonistas de sus memorias. *Como el halcón peregrino*, libro interminable por sus subversiones, puede ser leído como contribución importante a todos los géneros borrosos que mencioné anteriormente, como crítica literaria sensata, y como uno de los compañeros de ruta más agradables en el peregrinaje literario hacia un fin de siglo más nuestro.

Wilfrido H. Corral
Stanford University

**Vallejo, Fernando. Chapolas negras. Bogotá: Alfaguara, 1996.
262 págs.**

El otro rostro de José Asunción Silva en *Chapolas negras*

La historia oficial de la literatura es la historia de los estereotipos y de la idealización grandilocuente del artista; en ese discurso fingido y mimetizado de los historiadores oficiales, el artista nos es presentado como un ser incólume y sufrido, un hombre que padece la injusticia y la incompreensión, un iluminado que nada ignora y que a nadie engaña. Parece que cada país necesitara erigir estas figuras como una manera de ocultar la otra historia o como una manera de reparar las faltas, puliendo el retrato de quien dejara el testimonio de una época.

En los libros de texto, estos instrumentos enajenadores y empobrecedores de la literatura, refritos de la historia literaria, la figura predominante sobre Silva es la de un hombre sobre el cual hay que guardar pesar, porque fracasó económicamente y porque, supuestamente, nadie le ayudó, un hombre acosado por los acreedores y preocupado por el sostén de la familia, un hombre pobre y abandonado al libre arbitrio del destino. Y como siervos del discurso didactista, asumimos como verdad inobjetable, tales datos biográficos, sin dudar sobre ellos y sin preguntarnos por su origen. Alguien en un momento dado dijo aquello de Silva y entonces los demás, acogiendo la opinión como verdad, siguieron repitiéndolo.

Otro retrato muy distinto es el que nos muestra Fernando Vallejo en esta especie de biografía novelada sobre el mayor de nuestros poetas. En *Chapolas negras*, Silva ya no es, en efecto, el ingenuo e inexperto comerciante fracasado, sino el negociante, lleno de deudas sí, que sabe cómo evadir al acreedor, pagar aquí para deber allá, y asumir la vida como un juego en donde el dinero simplemente circula y es de nadie.